



## XXVIII

### DEBERES QUE NOS IMPONE EL VOTO DE CASTIDAD.

*Vota mea Domino reddam.*  
Cumpliré mis votos al Señor.

Ps. 115.

**Q**uiera querida Margarita: Te decía en mi anterior que nobleza obliga, esto es, que todo lo que nos eleva á un estado más alto, nos impone la obligación de vivir conformes á la elevación de ese nuevo estado; y como la profesión de la castidad religiosa nos enáltece tanto, que nos levanta á la esfera y dignidad de los ángeles, es muy conforme á razón que nos imponga el deber, no sólo de que nuestras costumbres sean morigeradas, sino también de que sean angelicales, en cuanto lo sufre la humana fragilidad.

El voto de castidad es una renuncia solemne que hace el religioso de todos los placeres contrarios á la pureza, é incluye en sí una promesa formal de abstenerse completamente de todo acto, sea interno ó externo, opuesto á dicha virtud. Esta renuncia y esta promesa puede ser pública y privada, por toda la vida

ó por tiempo determinado, y de aquí la división del voto de castidad en simple y solemne, temporal y perpetuo; pero de todos modos, mientras que el voto dura, nos obliga á privarnos en absoluto de todo deleite impuro, hasta del simple pensamiento. De manera que si una persona que tiene voto de castidad consiente ó se deleita voluntariamente en un acto interior ó exterior contrario á la pureza, además del pecado contra la ley de Dios, comete otro pecado de sacrilegio, porque juntamente quebranta el sexto precepto y su voto de castidad; y en este quebrantamiento advierten los teólogos que no se da parvedad de materia, porque aquí todo consentimiento deliberado es culpa mortal, y doble culpa, como te dejo dicho.

Esta doctrina, que es verdaderísima, podría convertirse para ti en un manantial de ansiedades y escrúpulos, si alguna vez te sintieras muy combatida y tentada contra esa virtud celestial; y por eso quiero que te fijes en las palabras *deliberada* y *voluntariamente*, porque donde no hay voluntad, no puede haber pecado. Es la pureza la flor más preciosa que puede producir el jardín de nuestras almas, es la joya más rica que podemos tener en este mundo, es el tesoro más grande que podemos poseer sobre la tierra, y por eso el demonio, como ladrón hambriento de riquezas, trabaja lo indecible para robarnos ese tesoro y arrebatarnos esa joya de tanto precio. De aquí las mil tentaciones, los mil lazos y las múltiples asechanzas que nos arma para hacernos caer. Almas conozco yo tan combatidas, que las tentaciones vienen sobre ellas continuadas y furiosas, como los aguaceros y granizadas en días de tempestad; almas que á pesar de eso son puras como la luz del sol y los destellos de la aurora, porque resisten con todas las fuerzas de su voluntad, y no dan consentimiento á la tentación, por más que



sientan sus efectos con una viveza que parece infernal. No habiendo, pues, en tu alma voluntad ni afición á esos placeres impuros, bien puedes estar tranquila, aunque sientas más tentaciones que Santa Angela de Foligno y San Antonio Abad.

Es menester no olvidar que los pensamientos y movimientos desordenados que sentimos no son culpables, sino cuando voluntariamente los sentimos y nos entretenemos en ellos. Hay unos pensamientos malos que los produce el alma por afecto al mal, y otros que le vienen de su mala inclinación ó del demonio, á pesar de ella no quererlos; los primeros le pertenecen, porque son suyos y la hacen culpable ante Aquél que ve lo íntimo del corazón; y los segundos no le pertenecen, porque no son suyos y la hacen inculpable á los divinos ojos; y no sólo inculpable, sino grata y hermosa, pues resistiendo á esos pensamientos, lejos de ofender á Dios, le agradamos y tenemos el mérito de la victoria; mérito tanto mayor, cuanto más pertináz haya sido la lucha. Lo mismo te digo de los movimientos desordenados: no somos culpables sino de aquellos en que la voluntad toma parte, procurándolos de alguna manera, ó no quitando la causa que los produce; pero los que sentimos á pesar nuestro, y los detestamos de veras, éstos, lejos de hacernos culpables, nos hacen dignos de premio y de gloria.

Volviendo, pues, á los deberes que nos impone el voto de castidad, te diré ante todo que nos obliga á una vigilancia continua y á una lucha constante con los adversarios que nos la quieren arrebatarse. La vigilancia nos ayudará á evitar las ocasiones peligrosas y la lucha á cerrar el paso al enemigo, castigando el cuerpo y mortificando los sentidos, que son las puertas por donde ellos entran al corazón para robarnos nuestro tesoro. En la mortificación de los sentidos merece

especial atención el de la vista, pues sabemos que por ahí derribó el demonio al Real Profeta. Job hizo un pacto con sus ojos de no mirar el rostro de ninguna doncella; y ojalá que todos los religiosos y religiosas hicieran lo mismo para no tener que llorar después, no digo ya fijar la vista en personas de otro sexo, sino en objetos menos decentes y por lo mismo más peligrosos y más expuestos á tentación. También nos obliga al recato de los demás sentidos, á evitar conversaciones vanas, palabras equívocas ó demasiado tiernas, cumplimientos mundanos ó adulaciones impropias de nuestro estado, cerrando los oídos y despreciándolas, cuando se dirijan á nosotros. Y si esto hemos de evitar, con más razón lo que se relaciona con el tacto, que es el más grosero de los sentidos; las familiaridades pueriles, los juegos de mano y toda manifestación de afecto sensible, por esta vía, debes apartarlos de tí, y horrorizarte de ellos, como de la presencia de venenosa serpiente que quisiera envolverte entre sus terribles anillos.

Oblíganos también la castidad á evitar toda desatención en la comida y bebida, siendo parcios en regalar el cuerpo, porque, como dijo nuestro Señor, los enemigos de la pureza no se vencen, sino con la oración y el ayuno; pues así como el vicio opuesto á ella se fomenta regalando la carne, así la castidad se fortalece castigando el cuerpo corruptible, que es su mayor contrario. Nos obliga además á evitar la ociosidad, que es maestra de maldad, según dice la Escritura; y las maldades que enseña son casi siempre contra la pureza. San Jerónimo daba este consejo á los tentados: "Que el demonio te halle siempre ocupado y nunca ocioso, y de este modo sus tentaciones serán pocas é impotentes para derribarte;" pero en caso que el enemigo nos acometa, es nuestro deber rechazarlo ené-



gica y prontamente, tan pronto como sacudiríamos un ascua ardiente que nos cayera en la mano.

También nos impone el deber de ser humildes; humildes en lo interior, desconfiando de nosotros mismos, y humildes en lo exterior, procurando que el vestido, los modales y todo nuestro continente respire modestia y religiosidad. Es tan necesaria esta virtud para conservar la pureza, que los santos tienen por cosa cierta y averiguada no poder sostenerse por mucho tiempo un alma soberbia sin caer en el cieno de la impureza. La humildad es el mejor adorno de la pureza, es el traje que la hermosea; y así como una persona hermosa resultaría fea y desagradable sin adornos ni vestidos, así la pureza, despojada y desnuda de humildad, es desagradable á los divinos ojos; y San Bernardo es de parecer que la misma pureza de María, la virginidad incomparable de nuestra dulce é inmaculada Madre, no le hubiera agradado á Dios, si hubiera estado desprovista de humildad.

De la paloma que Noé echó del arca para ver si habían cesado las aguas del diluvio, dice la Escritura que, no hallando donde posar sus plantas sin mancharlas con el lodo de que estaba lleno el mundo, se volvió al arca, queriendo más bien vivir encerrada que contaminar la blancura de sus plumas con el fango de la tierra. A esta paloma debe imitar el alma casta, y esa es otra de sus mayores obligaciones. Mire mucho la religiosa dónde posa sus plantas, y sus ojos, y sus manos, y sus pensamientos, y los afectos de su corazón. Sea casta como la paloma del arca, y, á imitación de la abeja, no se pose nunca más que en flores odoríferas y de cáliz perfumado. Hazlo tú así, Margarita, y á ver si por este medio consigues ser la paloma del Corazón de Jesús, paloma que haga el nido de sus amores en la abertura de aquel Corazón divino.

Obligáanos por fin el voto de castidad á recurrir á Dios por medio de la oración. Vivir siempre en pureza es una cosa que supera todas las fuerzas humanas: conservar siempre la castidad es cosa tan alta, que no basta para conseguirla toda la industria del hombre: de otra parte nos ha de venir esa perseverancia en la pureza, y el camino por donde viene es el de la oración. A fuerza de ruegos hemos de conseguir la posesión de ese don celestial, y á fuerza de lágrimas hemos de regar y tener siempre frondosa la flor de la virginidad. ¡Ojalá que todos los que profesan castidad conocieran estos deberes y los pusieran en práctica, aprovechando estos y otros medios, para vencer á los enemigos de la virtud angélica! Hay entre todos ellos uno muy temible; pero de él dije bastante en la Carta XIV á Teófila, y no quiero repetir en éstas ni un sólo concepto de los que desarrollé en aquellas.

Lo que sí quiero decirte, respondiendo á la insinuación que me haces en la tuya, es que no estás en lo cierto al creer que deba entristecerse el alma religiosa que no posee la castidad virginal, viendo que las vírgenes seglares le llevarán ventaja delante de Dios; y no estás en lo cierto, porque es opinión y sentencia de graves autores que la castidad religiosa bien observada, aunque no sea virginal, es más perfecta, y más meritoria, y de más realce, y más grata á Dios que la simple virginidad profesada fuera del claustro: la razón de esto se halla en la profesión religiosa que da un nuevo modo de ser al cristiano, y encierra en sí un acto excelentísimo de caridad equiparado al martirio, y otro acto de la suprema virtud moral, que es la Religión; y estos dos actos le dan á la castidad religiosa fielmente guardada mucha excelencia, mucha perfección, y el principado y supremacía entre todas las del siglo. Y cuenta que no digo esto en menoscabo de la



virginidad, porque si esta vá unida á la profesión religiosa, sube de punto su excelencia y perfección.

Y aquí termino, sin saber qué más decirte sobre esta materia, si tu no me preguntas ó me abres camino para que de ella siga escribiendo tu afectísimo Padre,

FR. A.



## XXIX

### RIGORISMO EXAGERADO EN MATERIA DE CASTIDAD.

*Omnia munda mundis.*

AD TIT. I. 15.

Todas las cosas son limpias para los limpios.

A TIT. I. 15.

**D**EVOTA sierva de Cristo: Mucho me ha dado que pensar la tuya, porque lo que en ella me dices es un error trascendental, capaz no sólo de intranquilizar á las almas, sino de llevarlas á la desesperación. Copiaré tus palabras para mostrarte que no exagero:

“Temía como la muerte que usted me escribiera sobre las obligaciones de la castidad, porque soy algo tentada contra esa virtud, mal inclinada por naturaleza, y predispuesta á experimentar sensaciones que me fastidian y martirizan hasta el extremo de no poder hablar con nadie, ni mirar nada, ni mostrarme cariñosa, ni tener esas expansiones naturales de júbilo que todas tienen. ¿Qué más? Hasta en la oración, hasta en la sagrada Comunión, hasta cuando siento algún consuelo espiritual, toma parte el cuerpo y esto me fatiga y me



apura y me hace creer que estoy dejada de la mano de Dios: y debo estarlo, cuando los confesores me dicen que deje la Oración y las Comuniones, si siento esa mala impresión en ellas.,

“Pero todo eso, Padre mio, es contra mi voluntad; yo aborrezco eso que siento, amo con delirio la castidad, y por ser pura como un angel y no sentir lo que á veces me pasa, daría un ojo de la cara. Y á pesar de eso, cuanto hago, me lo dan por pecado, y yo no puedo estar en recreo como las demás, no puedo hacer lo que ellas hacen, no puedo jugar como ellas juegan, porque dicen que, dada mi fragil condición, esas cosas que siento son pecado, por dar yo motivo para sentir las y ser la causa de que me sucedan. Esperaba que la carta de V. me diera alguna luz ó algún consuelo; mas al leer en ella que somos culpables de los movimientos desordenados, *no quitando la causa que los produce*, me morí de pena y por poquito me vuelvo loca. ¿Pues qué me hago yo ahora? A mí el ver, el hablar, el oír, el asearme, todo me sirve de tentación: hasta las imágenes de los santos, hasta la vista del Redentor es causa de que se vale el demonio á veces para tentarme: qué hago pues? Lo dejo todo? Lo quemo todo? Y si nó, ¿qué he de hacer? Qué remedio me queda? Esconderme en un rincón donde ni vea, ni oiga, ni entienda, ó desesperarme de una vez, si V. no me da más luz en este asunto.,

¡Bien, mi pobre Margarita, bien! Ante todo siento haber contribuido, sin pensarlo ni quererlo, á ese estado de ofuscación en que te encuentras, y del cual hubieras tal vez salido, si á la expresión, *no quitando la causa que los produce*, hubiera yo agregado esta otra: *si está en nuestra mano el removerla, y estamos obligados á quitarla, ó no tenemos ningún derecho á ponerla*. Por lo demás te diré que en el párrafo que dejo transcrito,

no solamente hay un error teológico, sino dos á cual más grosero y funesto, perteneciente uno al orden moral y otro al orden místico. Este voy á combatirlo con la doctrina del gran Doctor en mística, San Juan de la Cruz, y aquél lo voy á refutar con la doctrina de San Ligorio, el máximo de los Doctores morales. Este Santo se hubiera reído al leer lo que de tu carta dejo copiado, ó quizás hubiera llorado, al ver puesto en práctica de un modo tan pesimista el rigorismo que él combatió con todas sus fuerzas, queriéndolo desterrar del mundo.

Viniendo, pues, á sacarte del atolladero en que te hallas, dices que no puedes hablar con nadie, ni mirar nada, ni asearte, ni mostrarte cariñosa, ni tener las expansiones naturales de júbilo que todas tienen, ni estar en recreo como las demás, ni jugar como ellas juegan, porque te dicen que dada tu fragilidad, lo que sientes en tales casos es pecado, por dar tú motivo para sentirlo, y ser causa de que te suceda. Aquí estaría muy en su punto aquel *Dios libre á mis monjas de confesores espantadizos y medio letrados*, atribuido á Santa Teresa de Jesús; mas dejando á un lado las bromas en cosa tan seria, digo que en Teología moral, es muy cierto que peca el que, pudiendo apartar la ocasión próxima de caer en pecado, no la aparta, y el que pudiendo quitar la causa productora de él, no la quita; pero esto último se entiende, en el caso de que uno esté obligado á quitar esa causa, y no la quite, pudiéndolo hacer; ó se sirva de esa causa productora del mal, sin tener ningún derecho á servirse de ella; y aquí está el error.

Concretándonos ahora al caso que nos ocupa debemos dejar sentado que las virtudes y los vicios, son propiedades del alma y no del cuerpo, porque éste no es más que un medio de que ella se vale para practicar el vicio y la virtud; de modo que á esa práctica



contribuyen las dos substancias de que está compuesto el hombre; el alma formalmente y el cuerpo materialmente; el alma á manera de artifice y el cuerpo á manera de instrumento. Cada una de esas dos substancias tiene, sin embargo, sus tendencias é inclinaciones propias, tendencias que á veces conducen á un mismo fin, y para llegar á él juntas, se excitan facilmente las unas á las otras. El alma por afecto al mal puede con pensamientos feos ó con otros medios escitar la concupiscencia de la carne, para que le ayude á conseguir su objeto; y la carne con su mala tendencia al mismo fin, puede despertar las facultades del alma para que le empujen en ese camino hasta llegar á su término, al cual suele llegar muchas veces, no sólo sin la ayuda del alma, sino contra la voluntad de ésta, como á ti te pasa.

Esto supuesto, te diré que todo lo que procede de la primera raiz, es pecado, y no lo es lo que procedé de la segunda, hasta que el alma no consiente. Todo lo que el alma haga con mala intencion ó por afecto impuro es pecado, aunque lo que haga sea por otra parte tan licito y bueno como besar la mano á un sacerdote; mas por el contrario, nada de lo que sienta el cuerpo contra la voluntad ó sin consentimiento del alma es pecado, aunque por otra parte sea lo que sienta la cosa más horrorosa del mundo. Lo diré muy alto para curarte de espanto y quitarte el temor que tienes; las inmundicias de la carne por sí solas, no pueden manchar nunca la pureza del espíritu, ni la suciedad del cuerpo puede jamás afeár la hermosura del alma, si ésta no quiere contaminarse. La única puerta que el pecado tiene para entrar en nosotros es la voluntad, y no habiendo ésta, quédate tranquila, que tu alma está pura y libre de todo pecado. Y habiendo en ti tan buena voluntad y tanto horror al vicio como afirmas, ¿quién ha

podido darte por pecado lo que contra tu voluntad te pasa?

Dicen que es pecado, porque atendida tu fragilidad, das motivo para sentirlo. ¿Pero qué fragilidad es esa? ¿Se entiende acaso por fragilidad los movimientos de la mal inclinada naturaleza? ¡¡Nó!! ¡eso es una necesidad! La fragilidad verdadera no está en las sensaciones, ni en la mala inclinación del cuerpo, sino en el consentimiento del alma; y aquí no te veo fragil, sino fuerte como una roca, puesto que aún no se ha quebrado, ni rendido tu voluntad á querer ni consentir la culpa. ¿Pues en dónde está la fragilidad? ¿Y darle á la fragilidad y á que con ella das motivo para sentir tentaciones! ¿Qué motivos son esos? El jugar con las demás y como las demás, el asearte, el ser afable, reirte en las recreaciones, mostrarte cariñosa y familiar, todo con la mejor intención y despreciando cualquier tentación que por eso te venga, ¿es verdadero motivo de pecado? ¿Es eso querer el mal en su causa, cuando no hay tal querer, sino lo contrario? ¿Son por ventura ilícitas esas acciones? ¿Conducen directamente al pecado? ¿Influyen algo en la tentación? Y aunque algo influyeran, ¿no tienes tú derecho para hacer lo que hacen los demás y obrar como obran tus iguales? Y si lo tienes, ¿dónde está la culpa, cuando por una parte falta la voluntad, constitutiva del pecado, y por otra sobra el derecho para obrar así? Y si te niegan ese derecho, ¿por qué te conceden el otro? Si te prohíben esas acciones (de suyo lícitas y honestas) por los efectos que en tí causan, ¿por qué no te prohíben también rezar á los santos y mirar al Crucifijo, causas ocasionales, según afirmas, de los mismos efectos? ¿Por qué quitar una causa y dejar otra igual? ¿*Cur tan varie?* ¿Por qué no te hacen de una vez iconoclasta, mandándote quemar las imágenes venerandas? ¿Quién no se horroriza



ante esta última consecuencia á la cual conduce inevitablemente ese rigorismo vituperable? ¿Quién no vé que es falso el principio de donde tal consecuencia se deduce?

Quédate, pues, tranquila, Margarita mia; y en adelante á quien te trate con ese rigorismo, mándalo á leer la teología moral de San Ligorio en el libro 3.º tratado 4.º capítulo 2.º y número 481, donde el Santo Doctor dice cosas muy curiosas, que terminan con este consejo muy consolador para las almas que sufren lo que sufre la tuya: "El que en acciones de suyo lícitas, honestas ó indiferentes, tema sentir ó sienta tentaciones, desprecíelas y siga adelante; que más bien se libraré de ellas despreciándolas, que haciéndolas caso, porque con hacérselo, se aumenta el temor y la tentación."

No temas, pues, ni te apures ni te acobardes por cualquier tentación que sientas en acciones que de suyo no son malas: porque si de veras aborreces el pecado, y te da asco y horror de la impureza, y son puros los afectos de tu alma, nada tienes que temer, pues estás comprendida en el número de aquellos de quienes dijo el Espíritu Santo: *Omnia munda mundis*. Todas las cosas son limpias para los limpios de corazón: y nada hay limpio para el alma impura, que lo contamina todo con sus torpes deseos y depravados afectos.

Esta es la pura verdad, y Dios sabe que te lo digo, no para que pierdas el temor al pecado, sino para apartarte del camino desesperante, en que desaconsejadamente te han metido. Disculpo la buena intención y alabo el celo de los que, por alejarte del mal, te han metido en tales apreturas; porque sin duda han olvidado que los extremos se tocan, que huyendo de *Escila* caigo en *Caribdis*, que el rigorismo en moral está tan condenado como el laxismo, y que en mística, es tan

horrible el jansenismo como el molinismo. La virtud consiste en un término medio, del cual no quiero que te apartes y en todo caso, más vale inclinarnos al rigor que á la blandura, sobre todo en esta materia, en que realmente somos frágiles. Recuerda lo que hicieron los santos por conservar la castidad, y mirate en esos espejos: unos se revolcaron sobre espinas, otros sobre nieve, otros sobre ascuas, otros se afearon el rostro, y todos huyeron los peligros y evitaron familiaridades que no eran ni peligrosas. Aprende, pues, de ellos, y por Dios no tomes pié de lo que te digo para ser menos vigilante en la guarda de la pureza, porque eso me daría mucha pena. ¡Fuera escrúpulos y exageraciones pesimistas; pero viva el santo temor de Dios, que conserva al alma lejos de la culpa!

El otro error en que estás metida es también de mucha monta, porque cierra á tu alma el camino de la santificación. Tarde es ya para comenzar á refutarlo; pero, Dios mediante, no se quedará la refutación en el tintero. Por hoy llevas lo suficiente para tranquilizar tu ánimo acongojado, para respirar con desahogo, y ver que los caminos del Señor son anchos y holgados para los amadores de su ley, como cantó el profeta: *Ambulabam in latitudine*.... Adios, y que ésta lleve á tu alma la paz que te desea tu afectísimo P.

FR. A.